

Nunca se cansaría de mirarle. Se apoyó contra la pared y se permitió el raro lujo de ver como se desnudaba. Generalmente era él quien se recreaba quitándole la ropa, mientras la suya desaparecía como por ensalmo de su cuerpo, así que no dejaba de ser una novedad ver como se desvestía con pausada urbanidad, doblando cuidadosamente cada prenda antes de dejarla sobre la silla.

Los músculos de su espalda ondularon bajo la piel, como corrientes sinuosas de agua, cuando deslizó la camisa por sus hombros. Su vientre se tensó en respuesta, mientras sus ojos devoraban con avidez cada centímetro de carne expuesta. Su cabello velaba su rostro y permitía apenas atisbar el vulnerable hueco de la garganta. Los hombros anchos, los músculos del pecho que se abrían en abanico, el indicio de las costillas, perceptible al respirar, aquel abdomen firme y duro, con el pequeño hueco del ombligo apenas a la vista entre la línea de vello oscuro. Todo él era un banquete para los ojos, un espectáculo que la caldeaba y humedecía, acelerando su respiración y coloreándole las mejillas.

Él se volvió con la camisa aún en las manos y le sonrió perezosamente. Allí estaba su ratita tímida, medio escondida en las sombras, con aquel absurdo camisón blanco que la cubría del cuello a las pantorrillas, dejando a la vista la línea esbelta de sus tobillos y los pies de dedos gordezuelos. Al menos aquella vez se había soltado el pelo, aunque utilizaba esa sedosa capa más como un escudo que como el arma de seducción que realmente era.

- ¿Ocurre algo?

Ella negó con un medido gesto de la cabeza, con los ojos brillantes de expectativa.

Él se sentó en la cama, apoyando las manos en el colchón. Sus labios se curvaron en un esbozo de sonrisa, sin dejar de mirarla.

- Ayúdame con las botas ¿quieres?

Ella se acercó lentamente, sin dejar de mirarle. Él amplió su sonrisa cuando la fina tela del camisón pareció desaparecer. La luz de la lámpara recortaba su cuerpo con total claridad. Dejando ver las generosas curvas de su pecho y caderas. Ella aún no se había percatado o se hubiera abalanzado sobre él exigiendo venganza, reducida a un caos de rubores vergonzosos y deseos ardientes.

Alzó la pierna derecha. Ella le miró durante un largo instante y luego le dio la espalda, se alzó el camisón y apretó su pierna entre sus muslos, tirando con fuerza del talón de la bota.

Él admiró con envidia la forma en la que el género del camisón abrazaba sus caderas, y ese redondeado trasero que se movía de un lado a otro frente a él. La bota salió y ella liberó la presión que mantenía sobre su pierna, dejando una marca de calor allí donde le había tocado que pareció extenderse por su cuerpo cuando repitió el proceso con la otra pierna.

La tenaza de sus muslos le trajo a la memoria la maravillosa sensación de esa carne apretada alrededor de sus caderas, mientras él embestía más y más profundamente, perdiéndose en ese placer puro y simple. Su ingle empezó a hormiguear. Alzó el pie derecho, calzado con el calcetín y lo apoyó sobre la parte final de su espalda.

- ¿Qué haces?- ella respingó y se volvió parcialmente para mirarle, sujetando entre las manos la bota que se resistía a salir.

- Te ayudo, cariño. Sólo eso.

Ella pareció dudar un instante, mordiéndose el labio en un gesto inocente que aumentó la velocidad con la que corría su sangre, directamente a la ingle. Luego volvió a su tarea.

Él aumentó ligeramente la presión que ejercía su pie, sintiendo la firmeza del hueso bajo la carne. Después, con suma lentitud, deslizó el pie hacia abajo, hundiendo la tela del camión entre las dos mitades de sus nalgas. Ella tembló pero no dijo nada, ni siquiera cuando alcanzó su parte más vulnerable y empezó a hurgar en ella, ahondando con sus movimientos cada vez más hasta reconocer la hendidura carnosa. Movié un poco los dedos y consiguió penetrar un poco más, iniciando una lenta danza de caricias y roces a través de las dos capas de tela.

Ella se había olvidado completamente de la bota. Tenía la cabeza inclinada, el pelo ocultando su expresión y el cuerpo dúctil y sumiso bajo él, hinchándose poco a poco. Sólo los muslos, a ambos lados de su pierna, estaban tensos, el calor penetrando el género del pantalón hasta abrasarle la piel.

Sonrió cuando sintió una delatora humedad. Ella tembló y le permitió continuar unos instantes más, antes de sacar la bota con un recio tirón que la impulsó con más fuerza contra el pie indagador. Luego, con un suspiro, se apartó unos pasos y se volvió para mirarle. Tenía el rostro encendido y los ojos verdes velados por una mezcla de turbación y deseo.

- La próxima vez te descalzarás solo.

- ¿Por qué?- él se puso en pie, sin dejar de sonreír- ¿No te gustó?

- Sabes bien que... Que yo... ¡Demonios!

- Cobarde- una ronca carcajada surgió de su garganta al ver como sus mejillas se teñían furiosamente de rojo- Al menos podías admitirlo.

Ella apretó los labios y se apartó el cabello del rostro en un gesto retador. Dio un paso hacia él, luego otro, con un seductor bamboleo de las caderas y posó las manos en su pecho.

Se puso de puntillas y le rozó la boca, retirándose antes de que él pudiera profundizar el beso. Sus uñas rastrillaron los músculos de su pecho, para bajar luego al abdomen, indagar en el hueco del ombligo y detenerse finalmente en la cintura de los pantalones.

- Cariño...

- Quizás me cause problemas decirlo... - alzó la mirada, con las mejillas ardiendo y los labios temblorosos – pero no demostrártelo.

Un giro de muñeca y la palma pequeña y cálida se apoyó con segura confianza en su entrepierna. Él contuvo la respiración cuando le frotó con suavidad.

- Y parece que tampoco te causa problemas a ti- había un asomo de risa en su voz, pero había ocultado el rostro en su pecho, de modo que no podía ver su expresión- Te pones duro tan rápido...

Su lengua encontró una plana tetilla y empezó a atormentarla, acompañando los lametones con las caricias a su ingle. Bajo sus dedos, la presión que ejercía su pene en expansión crecía y crecía a cada segundo, permitiéndole notar la larga forma pugnando contra la tela tensa de los pantalones.

- Joder... Si vas a hacerlo...- un jadeo sobresaltado cuando ella le propinó un firme apretón junto con un mordisco- Si vas a hacerlo... hazlo bien...

Definitivamente aquello era una risa. Él se contuvo para abrazarla, mientras ella abandonaba esa tortura para desabrochar lentamente los pantalones. Se arrodilló frente a él, deslizándolo por sus piernas, haciéndole levantar un pie y luego otro, haciendo a un lado pantalón, calcetines y ropa interior hasta dejarle desnudo.

- Oh, vaya...- se llevó una mano a la boca, mordiendo ligeramente un dedo para luego chupar con aire distraído la marca de los dientes- Realmente te pones duro... Es muy halagador ¿sabes?

Alargó la mano y la enredó en los rizos del vello púbico, justo por encima de la base del pene, encrespándolos y alisándolos alternativamente. Tenía los labios curvados en una media sonrisa y una expresión curiosamente pensativa en el rostro.

- Nena...

- Shhh.... Calla- ella dejó de contemplar el pene erecto un instante para dirigirle una mirada de censura- Déjame a mí...

Fascinado vio como ella se inclinaba lentamente hacia él. Sintió el calor de su aliento sobre su piel acalorada y luego la húmeda caricia de su lengua en los testículos, mientras una mano pequeña y ligeramente húmeda se cerraba sobre su pene, con un firme apretón. La mano se movió lentamente, de la base a la punta, arrastrando con ella la piel móvil y sedosa. Cuando llegó a la cabeza uno de sus curiosos dedos acarició como al descuido la pequeña hendidura, arrancándole un jadeo.

- ¡Joder!

- No, todavía no- murmuró ella pasándose la lengua por los labios- Pero pronto...

Entonces entreabrió los labios, dejó ver la lengua y se dedicó a recorrer con torturante lentitud cada una de las venas que se hinchaban y retorcían bajo la piel de su pene. Él alargó las manos temblorosas y las enredó en su cabello intentando no pedirle que se apresurara.

Todo él tembló cuando aquella juguetona lengua lamió con insistencia el borde de la cabeza, encontrando ese nudo de nervios que le hizo resoplar y gemir. Y después, cuando ya no podía soportarlo más, ella abrió los labios y se lo metió en la boca, con un movimiento lento y suave, apretando ligeramente con los labios contra el grueso de su pene.

- Dios...- flexionó las caderas, impulsando la punta contra la presión de su lengua. - Qué bueno...

Ella empezó un vaivén lento, sujetando con una mano la raíz de su pene, mientras la otra acunaba sus testículos, rozándolos suavemente con la punta de los dedos. Despacio, muy despacio... haciéndole notar cada detalle como si se lo grabase a fuego sobre la piel ardiente. El roce de los dientes, la forma en la que su lengua se enroscaba a su alrededor y se alzaba bajo él para impulsarle contra el paladar. La velocidad fue aumentando poco a poco y la fuerza con que le apretaba, una firme presa de carne caliente que se ceñía a su pené, haciéndolo palpar e hincharse.

Su boca se centró en la cabeza, mientras movía la mano con firmeza y rapidez a lo largo de la extensión ferozmente erecta del pene. Los chupeteos ganaron en intensidad. Un lameteo y succión, apretando los labios con fuerza alrededor de la carne tensa y húmeda... cada vez más fuerte, más rápido, más exigente.

Él echó la cabeza hacia atrás, con un gemido dolorido, las manos convertidas en puños sujetando los mechones de suave cabello. Cuando quiso darse cuenta, movía las caderas una y otra vez hacia ella, con el pulso latándole en los oídos con violencia. Sordo a todo lo que no fuese el rugido de su sangre al precipitarse atropelladamente hacia su ingle, insensible a todo lo que no fuesen esas manos y esa boca, chupando con más y más fuerza... Sólo una vez más, pensó medio enloquecido, sólo una embestida más en esa húmeda maravilla.

Su rostro enrojeció mientras su pene estallaba dentro de su boca. Los músculos del cuello se tensaron como cables, un rugido gutural brotó de su garganta y tiró de las

caderas hacia delante con desesperación, pugnando instintivamente por entrar más profundamente en ella.

-¡Joder! ¡Oh, cariño!

Tardó varios segundos en enfocar la mirada, en cierta forma sorprendido por seguir en pie. Cuando bajó la vista ella seguía arrodillada a sus pies, con el rostro rojo como una cereza y los ojos brillantes. Sonreía como si fuese una gata agraciada con toda la nata y, cuando se pasó la lengua lenta y seductoramente por los labios húmedos, pensó que bien podía tratarse de eso.

- Sabes muy bien...- susurró, apartándose del rostro un grueso mechón de cabello oscuro- Podría saborearte toda la vida...

Él la miró durante un largo instante. Luego alargó la mano y tiró de ella para ponerla en pie. La abrazó contra su cuerpo húmedo y tembloroso y escondió la cara en el hueco entre su cuello y su hombro. Ella también estaba cubierta de sudor.

- Ha sido muy bueno... Me encanta sentir como lates y creces dentro de mi boca... es tan...

Él gimió, sintiendo como un latigazo esas palabras en su pene. Le sujetó el rostro entre las manos, la abrasó con los ojos y se hundió en su boca, con un beso húmedo y sensual. Su corazón se aceleró ante el regusto agridulce en su lengua al enzarzarse con la suya. Se estaba saboreando a sí mismo en ella... y sólo aquello bastó para que su pene, lacio y mojado, empezase a pesar de nuevo.

Ella inclinó el rostro, permitiéndole un acceso más profundo a su boca, apretándose contra él. Alzó las manos y las enredó en su pelo, apretando y soltando los rizos oscuros. Cuando él llevó las manos al cuello del camisón para desabrochar el cierre sólo gimió, ayudándole con movimientos frenéticos a liberarse de la prenda.

Con un último mordisco a sus labios él dio un paso atrás para disfrutar del regalo de su cuerpo desnudo. El rubor se le extendía desde el rostro a los pechos, que se agitaban al compás de su respiración. Extendió una mano y rozó con el canto la suave redondez de un seno antes de sostenerlo en la palma cálida, rozando el pezón duro y sensible con el pulgar. Ella suspiró y se meció ligeramente contra él, mirándole con una expresión que aunaba el deseo con la extrañeza.

La otra mano vagó por la curva de la cintura, se detuvo un momento en la cadera inquieta y luego se hundió sin contemplaciones en la confusión de rizos oscuros de su entrepierna. Sonrió con placer al bañar los dedos en su humedad, mientras ella entornaba los ojos y temblaba.

- Vamos a ver cómo sabes tú...

La atrajo con brusquedad hacia él, con un grito sorprendido de ella, y la cogió en brazos. En dos zancadas estaba junto a la cama y, tras arrojarla sobre el colchón, ya estaba gateando hacia ella antes de que pudiera recobrase del susto.

-¿Qué haces?

Ella retrocedió hasta apoyar la espalda contra el cabecero, con los ojos entrecerrados y una expresión cauta en el rostro. Había levantado las piernas contra el cuerpo y los ojos de él relampaguearon al comprobar de qué forma esa postura la exponía. Podía ver los labios hinchados y húmedos de su sexo y la maraña de rizos empapados. Avanzó hacia ella por el cobertor, con su pene balanceándose entre sus piernas y endureciéndose de nuevo.

- Voy a devolvarte el favor, nena- sujetó sus tobillos y tiró de ellos, haciéndole extender las piernas pese a su intento de resistencia. Luego sujetó con fuerza sus caderas y les dio un firme tirón, hasta que la tuvo tendida bajo él.

Se cernió sobre ella, dominándola con su altura. Ella tenía los ojos fijos en los suyos y se mordía el labio inferior. Con un gruñido se abalanzó sobre su boca,

saqueándola con violencia, hurgando más y más con su lengua, mientras ella se retorció bajo él, las uñas clavándose en los músculos de sus hombros y de su espalda, para luego enlazar las manos en sus caderas y guiarle hacia su ansioso cuerpo.

Cuando una de esas manos se aferró con suavidad a su pene semierecto, él gruñó y se apartó de su boca, regando la mandíbula y el cuello de besos ardientes hasta alcanzar sus pechos. Hundió el rostro en la depresión entre ambos, aspirando con avidez ese aroma dulce de la carne cálida de mujer. Luego se apoyó en un codo para sostenerse, recorriendo el contorno de un seno con besos candentes, para lamer la piel que temblaba bajo su contacto, haciendo círculos cada vez más pequeños hasta llegar al pezón, tan erecto y apretado como su pene, que vibraba bajo el contacto de su mano.

La lengua lo fustigó inclemente, un lametón tras otro, cada uno más insistente y rudo que el anterior. Ella jadeaba bajo su cuerpo, las piernas moviéndose inquietas, las manos agarrando a puñados el cobertor, y soltó un gemido ronco y vibrante cuando él mordió el pezón y tironeó de él.

- Oh, dios... Oh, dios...

- Espera y verás, cariño- él se deslizó entre sus piernas abiertas hasta inmovilizar sus muslos con sus brazos- Espera y verás...

Recorrió con un dedo los turgentes labios de su sexo, bañándose en la humedad fragante que lubricaba la carne tierna. Ella soltó un suspiro entrecortado y se llevó el puño a la boca cuando él ahondó la caricia, abriendo los hinchados pliegues y deslizando los dedos hacia dentro y hacia arriba. Ella dio un salto cuando le rozó el clítoris, semiincorporándose para mirarle con ojos centelleantes. Con una amplia sonrisa, él presionó ligeramente con la yema de los dedos, apretando a ambos lados. Su recompensa fue un brusco estremecimiento y un gemido ronco.

- Oh, dios...

Él deslizó las manos bajo sus caderas, sujetando en las palmas sus nalgas, alzándola hacia su boca. Su lengua se demoró un instante en la entrada de la vagina, ahondando en el tenso canal con la punta, mientras la sangre le rugía en las sienes al compás de los gemidos de ella. Desplazó la lengua hacia el clítoris, atormentándola con recios lametones, mientras ella se hinchaba bajo su roce y bailaba bajo sus labios. Una mano se enredó en sus cabellos, presionando alternativamente contra su cráneo al compás de su lengua. Su olor almizclado se extendía desde su nariz a la ingle, de forma que estaba tan duro que podría gritar si no la penetraba.

Volvió a apoyarla contra el colchón para deslizar un dedo en su interior, sumergiéndose en esa ardiente humedad, acariciando las tensas paredes de carne que se estremecían bajo la sensible yema de los dedos. Añadió un segundo dedo, ensanchándola, y encontró el punto exacto en el que ella gimoteó y gritó.

Continuó con las caricias, por dentro con los dedos rozando con delicadeza y presionando con fuerza alternativamente, por fuera con la lengua, fustigando aquél nudo de nervios hasta que ella se tensó con un grito agónico, el cuerpo rígido pugnando por desprenderse del colchón. Entonces ralentizó el baile de sus dedos y la lengua abandonó el clítoris para demorarse en la carne sensible y excitada que lo flanqueaba. Ella suspiró con abandono y murmuró una protesta pero permitió dócilmente que la explorase, hasta que las caricias volvieron a crecer en intensidad, su cuerpo nuevamente a tensarse... Jugó con su carne inflamada y melosa durante minutos, aupándola a la cima de la excitación, permitiéndole atisbar el brillante final para luego calmarla con tiernas caricias que sólo conseguían desasosegarla.

-Por favor... Oh, por favor... - ella soltó una queja que sonó a un maullido lastimero, con los ojos anegados de lágrimas. Su cuerpo se anudaba preparándose para un orgasmo que él le negaba, creando un dolor sordo en su interior que exigía a gritos

ser extinguido. Y estaba dispuesta a rogarle sin ningún recato con tal de conseguirlo- ¡Por favor! ¡Me duele! Oh, déjame... déjame por favor...

Él se rió, una carcajada ronca y entrecortada que destilaba triunfo, y luego apresuró el ritmo de las caricias, tomando entre los labios su clitoris para chuparlo. Ella jadeaba y suspiraba, murmurando palabras incoherentes, cada vez más caliente, más mojada, más ansiosa... mientras sus dedos continuaban jugando y su lengua la devoraba. La mano que se aferraba a sus cabellos se crispó y luego relajó la presión cuando estalló y se derritió en sus labios. Los dedos que mantenía dentro de ella se vieron atrapados por las rápidas contracciones de su vagina, apretados en la carne ardiente que se estremecía.

Con un gemido ansioso se apartó lo suficiente de ella como para volver a alzar sus caderas con las manos. Ella se removía con tanto abandono bajo su cuerpo que tuvo que apretar los dedos con fuerza contra la carne sudorosa para poder penetrarla. Avanzó unos pocos centímetros, apenas lo suficiente para que la ancha cabeza se hundiera en ella y apretó los dientes intentando controlar la necesidad de saquearla.

- Mira, cariño... míranos...

Ella gimoteó, intentando zafarse de la presa de sus manos, retorciéndose impotente sobre las sábanas. Abrió los ojos y le miró. Tenía el rostro enrojecido, una película de sudor cubriendo su cuerpo desnudo y una expresión de fiera tensión crispando la boca de labios sensuales. Y cuando dejó resbalar su mirada más abajo... Sus entrañas, temblando aún por el orgasmo, se anudaron de nuevo al ver su miembro congestionado y enorme medio hundido en ella. Podía notar la punta en su interior, dilatando y abriéndose paso y el escozor creció otra vez, ese vacío que pedía ser llenado, el ansia insatisfecha de sus ijares que clamaban por una salvaje galopada.

-La quiero toda... ¡La quiero toda dentro!- la voz le surgió ronca y trémula de la garganta. Una mano temblorosa se deslizó hasta su vientre, acariciando con abandonada lujuria la carne excitada, y luego subió hasta el cuello. Los ojos le brillaban con un destello de febril avidez cuando ronroneó- Quiero sentir tu polla en la garganta... así que fóllame. ¡Fóllame ahora!

La presa de sus dedos sobre su carne aumentó hasta dibujar círculos blancos en su piel. Él apretó los dientes mientras presionaba con un lento impulso de las caderas, deleitándose en la inicial resistencia de su vagina al adaptarse al ancho de su pene. Y luego esa carne candente le abrazaba desde la cabeza hasta la base... resbaladiza y acogedora. Ella soltó un gemido ahogado cuando retrocedió hasta casi salir de nuevo y los ojos de él se oscurecieron hasta el negro absoluto al ver su propia carne mojada por la humedad de ambos. Ella empezó a suplicar con frases inconexas, una mano aferrada a las sábanas, la otra aleteando desesperada entre sus piernas, sus caderas bailando a su encuentro pese a que él aún las aferraba. Él embestía más y más profundo dentro de ella, al principio siguiendo un ritmo lento y suave, observando como en trance como desaparecía dentro de su cuerpo, solazándose en el roce de sus caderas y en la caricia apretada de su vagina alrededor de él. Después, cuando la propia urgencia de su cuerpo se impuso la soltó para afirmarse con los codos sobre ella, empujando cada vez más fuerte, más y más rápido, en medio de gemidos y suspiros.

- Más.. Más... por favor, más.. – ella le cercó con sus piernas y le clavó las uñas en los hombros, retorciéndose bajo él- ¡¡Dios!! ¡Qué bueno es esto!

Él cambió el ángulo de sus embestidas, de forma que a cada empellón rozaba su clitoris. Ella se tensó bajo él con un grito ronco, rastrillándole la espalda con las cortas uñas, mientras la presión en su pene le impulsaba a arremeter contra ella con fuerza, pugnando por liberar la tensión que se le acumulaba en sus riñones, creciendo a cada choque de sus cuerpos. Ella sollozó, arqueando la espalda con fuerza contra él y pocos

segundos después un orgasmo demoledor sacudió su cuerpo, naciendo en su ingle y propagándose como el fuego. Con un último impulso se clavó en ella, apretando con fuerza sus caderas contra las suyas, en medio de un gruñido ronco que le hizo temblar y sacudirse en su interior. Después se desplomó sobre ella, cuidando de no aplastarla con su peso, temblando violentamente e intentando recuperar el aliento. Se movió un poco a un lado y su pene se deslizó al exterior, pesado y saciado.

Ella se había ablandado bajo él. Se incorporó sobre un codo y la miró. Estaba empapada en sudor, el verde de los iris devorado casi por completo por las pupilas dilatadas, la expresión extraviada y el cuerpo tembloroso. Tenía todo el aspecto de una mujer bien servida. Ella parpadeó un par de veces y luego alargó una mano para enredarla en su cabello. Una sonrisa pálida y cansada se dibujó en sus labios.

- Ha estado muy bien, cariño... pero casi me matas...

Él sonrió, apretándola contra su cuerpo con un firme apretón.

- Aún no, linda... Más adelante quizás...

- ¿Ummm?- ella bostezó contra su pecho y le miró somnolienta- ¿Qué quiere decir eso?

Enredó una mano en su cabello y le rozó los labios hinchados con un beso. Ella suspiró lánguidamente y se acurrucó más contra él.

- Duerme linda. Luego lo entenderás...

Medio despertó al sentir la suave caricia de la tela al deslizarse por su cuerpo desnudo. Volvió la cara sobre la almohada, con los párpados pesados e hinchados por la falta de sueño, y extendió una mano buscando el cuerpo cálido que descansaba a su lado. Sólo encontró un hueco tibio en las sábanas.

- Quédate quieta- una voz perezosa sonó a sus espaldas.

Ella se incorporó sobre los codos y trató de echar un vistazo a los pies de la cama. Él estaba sentado, sujetando con una mano el puñado de sábanas arrugadas. Le dirigió una mirada sonriente y luego alargó una mano para acariciar la curva de sus pantorrillas.

-¿Qué haces?

- Túmbate linda, y deja que te mime.

Ella volvió a recostarse, hundiendo el rostro en la almohada con un suspiro. Él le hizo cosquillas en la planta de los pies, haciéndole curvar los dedos en medio de risitas roncadas, para luego dibujar sinuosas curvas en las pantorrillas.

Suspiró y cerró los ojos, intensificando las sensaciones al no poder anticipar dónde iba a tocarla. Ciñó sus tobillos con sus manos, hurgando en el hueco sensible entre el hueso y el tendón, y luego deslizó las manos en una suave fricción por sus piernas hasta llegar a la parte posterior de las rodillas.

- ¿Te gusta esto, cariño?

- Ummm... - su ronroneo sonó amortiguado, pero no había confusión en el porqué de los temblores de su piel cuando él dibujó con la lengua el camino de sus venas.

Un poco más arriba, a través de la cálida suavidad de sus muslos. Ella gimió quedamente al sentir los vagabundeos de su boca y de sus manos sobre su piel, mientras se le ponía la carne de gallina pese al calor húmedo que empezaba a apoderarse de ella. Sus sentidos, apagados por el sueño minutos antes, despertaban con una sensibilidad

casi dolorosa. Su piel casi anticipaba sus caricias, el oído captaba el susurro de las sábanas cuando él se movía sobre la cama...

Entreabrió lánguidamente los muslos cuando él se lo pidió, un murmullo ronco junto a su oído que le arrancó un involuntario temblor de avidez. Las grandes manos amasaron la sensible piel del interior, una presión suave, un leve roce de los dientes, la cálida caricia de su respiración abrasándola. Ella ronroneó, sintiendo como la excitación crecía dentro de ella hasta empaparla.

- Mmm... - él se rió, un cálido y ronco sonido que la hizo estremecerse- Cariño, te conviertes en miel al más mínimo roce...

- Yo... - enmudeció con un gemido cuando su mano se internó entre sus muslos para acariciarla. Se crispó cuando los dedos ágiles se abrieron paso entre la carne para llegar hasta la entrada de su vagina, ensanchándola delicadamente antes de introducirse en ella- Yo... Ahhh... Preferiría...

- ¿Sí?- él se cernió sobre ella, con su largo cuerpo extendido a su costado, marcándola con su calor. Su boca se entretuvo en apartar los rizos oscuros que le cubrían la nuca antes de empezar a mordisquearla y besarla- ¿Qué preferirías?

- Que... - un suave movimiento que alcanzó su clítoris, insoportablemente sensible, un círculo lento y pausado que le robó el aliento- Preferiría que no... que no... Que... Ohhh... Más rápido...

Los dedos continuaron con su baile, mientras su boca recorrió su cuello a besos hasta llegar a la oreja sonrosada por el rubor que se escondía tímidamente entre su pelo. La lengua recorrió su borde con suavidad, para después aletear dentro, haciendo que se retorciera. Luego cerró los dientes con ternura alrededor del lóbulo rosado y tironeó de él, chupándolo y lamiéndolo hasta que ella suspiró de placer.

Él sonrió. Estaba otra vez mojada, deliciosamente sensible y dócil bajo sus dedos. Introdujo el índice en su interior, jugueteando sobre las tensas paredes con la yema del dedo, sintiendo los bruscos espasmos de esa carne bajo su contacto. El pulgar había alcanzado el clítoris y lo atormentaba con caricias lentas... primero círculos, luego sedosas caricias de la yema todo a lo largo. La vio crispar las manos sobre la almohada y su rostro giró hasta que pudo mirarla a los ojos. Unos iris febriles y ansiosos.

- ¿Harías algo por mí?

Ella entreabrió los labios en medio de un gemido gutural cuando su dedo rozó la parte más sensible de su vagina. Excitado, vio como tomaba aire con avidez, mientras se mojaba los labios con la lengua.

- ¿Lo harías linda?- él intensificó la danza de sus dedos, notando como ella se tensaba más y más a su alrededor.

-¿Qu... qué? ¿Qué quieres?- ella apenas podía susurrar. Tenía la garganta cerrada pro la tensión y la expectativa.

- Quiero verte... Quiero ver como metes esa manita entre tus piernas y te acaricias hasta estallar- se acercó más, hasta entremezclar la respiración de ambos- Quiero ver como te corres.

--Yo... ¡Yo no puedo hacer eso! ¡No pued... !- un ronco gemido de excitación cuando las caricias crecieron en intensidad. Y luego una queja lastimera cuando él retiró la mano. Los músculos de su vagina se apretaron con fuerza alrededor de su dedo, intentando retenerle en vano- ¡No me hagas esto! ¡Por favor!

- Hazlo amor... Y terminaremos con esto... - la lengua jugueteó despiadadamente con su oreja antes de susurrarle al oído, con una voz oscura que destilaba deseo- Hazlo y te follaré hasta que olvides tu nombre.

Ella tembló y cerró los ojos con un mortificado gemido. Permaneció así unos instantes y luego se incorporó, manteniendo velado el rostro por la cortina de pelo.

Cuando finalmente volvió la cabeza para mirarle estaba ruborosa y con una expresión en los ojos llena de turbación y deseo.

- Está... está bien. ¿Cómo quieres que...?

Él sonrió y la atrajo hacia sí para besarla, saqueando su boca hasta que ella gimió y trató de enlazar su cuello con sus brazos. Entonces la soltó, la hizo girarse y señaló hacia la pared.

-Ahí está.. ¿Lo ves?- en la superficie del espejo se veían ambos, arrodillados sobre la cama. Ella mirando con una expresión que aunaba el espanto y la curiosidad y él con avidez- Si te colocas de forma que te puedas ver yo te sostendré y disfrutaré también.

Ella se mordió el labio con nerviosismo y luego se volvió hasta quedar de frente con su propio reflejo. Despacio, despacio, se sentó sobre los talones, con las rodillas bien separadas y gimió mortificada cuando comprobó lo expuesta que estaba de esa forma. Se podía ver a sí misma, los labios de la vulva, rojos y húmedos, ligeramente separados y atisbar apenas los relieves carnosos del interior.

- No... no creo que...

Él se situó tras ella y apoyó el rostro sobre su hombro. Ella vio en su rostro, tenso de expectativas, el desafío silencioso y la promesa de la recompensa. Sus ojos oscuros parecían líquidos y los labios se curvaban en una media sonrisa. Notaba su calor tras ella, la firmeza de su cuerpo sosteniéndola y la rígida y candente forma de su pene. Si se volvía y lo tomaba en su mano él... Sin duda podría seducirle y hacerle olvidar ese juego pero... pero había dado su palabra y no se volvería atrás.

- Estás mojada amor... Puedo ver el brillo de tu coño húmedo por mí... - otro ronco susurro, de esos que le arrancaban la cordura y le impulsaban a cometer las mayores locuras por él- Me gustaría ver como te corres, cariño. Me gustaría tanto verte...

Ella soltó un estremecido suspiro y se llevó las manos a los pechos, sosteniéndolos en las palmas durante unos instantes, sopesándolos y sintiendo el calor que emanaban. Luego pellizó los pezones ligeramente entre los dedos, hasta que se irguieron con arrogancia entre las yemas temblorosas. Entonces, con un suspiro de placer, utilizó las palmas con suavidad para frotarlos, complaciéndose en el tacto rugoso y firme. Una de sus manos descendió poco a poco por su vientre, dibujando con la punta de los dedos dibujos caprichosos sobre al piel ruborosa. Clavó los ojos en el espejo, terriblemente confusa y vulnerable y le vio, con los ojos ardiendo siguiendo cada uno de los inquietos movimientos de sus manos.

- Sigue linda- su voz era apenas una hilacha de humo- No te pares...

Encomendándose al diablo ella echó por la borda todo sentimiento de timidez y vergüenza. Afirmó bien la cabeza contra su hombro y dejó que sus dedos jugaran brevemente con el vello púbico empapado antes de deslizar la mano y empezar a acariciar la piel melosa con lentitud. Estaba húmeda y resbaladiza, inundada por aquel icor caliente y fragante, y lo utilizó para suavizar la presión de sus dedos mientras vagaba de una lado a otro, acariciándose con suavidad, sin llegar a tocar su clítoris hinchado y dolorido. Quería hacerlo durar, quería que él perdiera la razón mirando y tuvo la satisfacción de ver como crispaba los labios en un gesto involuntario cuando ella acarició con los dedos su vagina, apenas un vago roce que le arrancó un gemido.

Fijó su mirada en los ojos de él a través de la brillante superficie del espejo y curvó los labios en la sombra de una sonrisa cuando sus dedos acariciaron como al descuido su clítoris. Estaba tan excitada y preparada que aquel simple roce estuvo a punto de hacerla chillar. En vez de eso concentró la yema de un dedo en ese sensible botón y empezó a atosigarlo con suaves caricias, despacio, despacio... lánguidas caricias

a lo largo y luego frenéticos circulitos. Sintió como la humedad aumentaba bajo su mano, y la necesidad la impulsó a acariciarse con más vigor, un dedo concentrado en el clítoris, los dos que lo flanqueaban acariciando y haciendo presión a ambos lados. Empezó a gimotear, mordiéndose los labios con desespero, la tensión creciendo más y más en su interior. Tenía la espalda empapada de sudor, los muslos temblorosos y la garganta se le cerraba en ruidosos jadeos.

Un brazo de él se ciñó a su cintura para sostenerla, con fuerza, mientras sus ojos oscuros relampagueaban y su expresión se oscurecía más y más mirando como ella aumentaba la intensidad de los frenéticos restregones. La mano que aún vagaba por su pecho se había cerrado convulsivamente alrededor de una areola, la palma presionando con fuerza contra el rígido pezón. Ella lloriqueaba, con el sudor resbalando por su cuerpo, los ojos extraviados por el placer. Cuando empezó a mover las caderas rítmicamente al compás de sus dedos él finalmente sucumbió. Tenía el vientre convertido en un núcleo duro de ardientes ascuas, la polla tan rígida y firme que le dolía y la boca reseca viendo como esos deditos se empapaban en su humedad, como frotaban con desesperación su carne. Los gemidos roncoss de ella se clavaban en sus nervios urgiéndole a tomar lo que necesitara de ella sin dudarlo.

El brazo que se enlazaba a su cintura dio un firme tirón, elevándola lo suficiente para que pudiera acomodarse entre sus piernas abiertas y tantear la entrada de su vagina. Ella culebreó, sin dejar de acariciarse. Él utilizó la mano libre para guiarse en la penetración, pero el ángulo se lo impedía. Con un gruñido ronco de frustración, ajustó su posición y entró en ella de un firme empujón.

Ella soltó un jadeo sobresaltado, mientras apoyaba ambas manos en el colchón para no caerse. Con ojos enormes miró al espejo. Ella estaba a gatas y él... él se veía enorme tras ella. Un cuerpo de piel más oscura, su rostro convertido en una máscara de lujuria, los rasgos crispados y tensos, los ojos ardiendo... Sus manos la habían sujetado con fuerza por las caderas e inició un vaivén desesperado entre sus piernas.

Ella gritó, notando como la llenaba hasta el límite de su capacidad, estirándola.. La fricción le arrancó más gritos, mezcla de sorpresa y placer, mientras su cuerpo se sometía dócilmente a él. Sus manos le estrujaban las caderas, sus huesos impactaban con la curva mullida de sus nalgas y sentía el golpeteo rítmico de sus testículos contra ella en cada movimiento.

- Más... Más adentro... déjame linda... - él gruñía frases inconexas, con una voz que destilaba lujuria- Te marcaré... te follaré hasta que no puedas andar... Más fuerte... Déjame...

Ella no podía negarle nada. No cuando el roce constante en su interior encendía un fuego que le abrasaba. Sus pechos se balanceaban al compás de sus embestidas y se mordió la boca en un intento infructuoso de detener los gemidos y gritos de agonía que se agolpaban en su garganta.

Le sintió hincharse aún más dentro de ella. Las estocadas aumentaron su ritmo de impacto y retirada, oyéndose un seco chasquido cada vez que sus cuerpos entraban en contacto. Ella apenas podía hacer otra cosa que gritar y retorcerse, preguntándose si esa deliciosa tortura duraría mucho más, porque no estaba segura de poder soportarlo.

Una de las manos de él le liberó la cadera para vagar al descuido por sus nalgas, pellizcando y catando la suavidad de su piel. Gimoteó cuando ese dedo resbaló entre las dos mitades y luego se dirigió resueltamente hacia su coño húmedo y expuesto. Los dedos empezaron a frotar su clítoris sin clemencia, sin ninguna piedad por su sensible carne inflamada. Ella lloró, suplicó, gimió y finalmente gritó, un grito ronco de pura satisfacción cuando el orgasmo estalló en toda su plenitud, devorándola, convirtiéndola en un charco de brillante y densa humedad que se derretía bajo sus manos.

Él siguió embistiendo con fiereza, haciendo que su suave cuerpo se proyectara hacia delante a cada furioso empujón. Se sentía tan apretado, tan bien follándola y tan resuelto a prolongar esa deliciosa presión en torno a su polla que casi supuso una decepción que ella se estremeciera bajo él, su vagina contrayéndose y soltándose a lo largo de su polla en una larga sucesión de espasmos de placer.

Embistió una vez más dentro de ella, mientras se corría con un gruñido ronco y denso, el cuerpo tenso y vibrando contra la espalda empapada en sudor de ella. Su pene se agitó en su interior, bombeando con fuerza, apretado por esa tensa funda de carne caliente y abrasadora. Cerró los ojos y se concentró en esa sensación, masajeadó aún por los temblores internos de ella.

Sus rodillas cedieron. Ella se dejó caer en la cama, sin importarle en absoluto que él siguiera sobre ella, ni el peso que la oprimía contra el colchón. No podía recuperar el aliento, no podía recuperar el control sobre sus miembros... y no le importaba. Sólo cerrar los ojos y revivir esa sensación, regodearse en las reminiscencias de placer que aún le apretaban las entrañas, en el tacto húmedo y caliente de su cuerpo acoplado al suyo...

- Linda...

- ¿Mmmm?- no podía articular palabra, aún no.

- ¿Estás bien?- había un asomo de risa en su voz, en ese susurro agitado por la respiración acelerada.

Ella sonrió y movió su trasero levemente contra la entrepierna de él. La forma blanda y empapada de su pene, ahora saciado e inofensivo, se marcaba contra sus nalgas.

- Linda...

- Muy bien... Mejor que bien... Nunca me he sentido mejor. - una pausa y un estremecimiento- Pero que no te extrañe si mañana no puedo andar.

Él se rió y la estrechó contra sí, envolviéndose ambos en el aroma almizclado y cálido del sexo. Su cabeza se apoyó en su hombro y le dio un mordisquito en el cuello, arrancándole un suspiro y un estremecimiento.

- No hay problema... - colocó una pierna entre las de ella y la abrazó con tierna posesividad- Si te retengo en la cama no tendrás necesidad de andar.